PRESENCIA

EL GRAN FRAUDE NACIONAL

Decíamos en el último número que el gobierno engaña al país. Hoy hemos de ratificarlo y aclarar la magnitud y gravedad de este engaño, cuyos efectos han de percibirse recién en las postrimerías del próximo quinquenio. Engaño fué el discurso del Presidente inaugurando esta batalla frontal del petróleo, engaño todo cuanto se hizo para presentar como aceptables y dignos unos contratos infames, en que hemos de pagar el petróleo de nuestro suelo a precios exorbitantes y precisamente en la moneda de que más carecemos y de la que más necesitamos. Pareciera que todo estuviera confabulado para hacer más difícil y sin remedio nuestra ya difícil situación económica.

El engaño continúa

Y el engaño continúa. A Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que va a ser destruída como empresa de explotación petrolífera, se la hace aparecer como iniciando una vasta campaña a favor de estos contratos petrolíferos que se presentan como capaces de resolver todos los males de nuestra situación económica. Y la autoridad máxima de Y.P.F. en la actualidad, el señor Arturo Sábato, se presta a presentarse en público como gran defensor de los recientes contratos, y tiene la osadía de hacer una exposición a todas luces engañosa en la Escuela Nacional de Guerra, delante de un plantel de altos jefes militares, que parecen digerir satisfechos los burdos conceptos que les fueron endilgados.

El señor Arturo Sábato comenzó, al igual que el gobierno en toda esta campaña, por mostrar la actual situación desesperada de nuestra economía, provocada en especial por nuestras abultadas importaciones de petróleo. Y para ello se encargó de abultar las cifras más de la cuenta. Habló de un gasto anual aproximado de 300 millones de dólares en concepto de pago por las importaciones de combustibles líquidos. Y sabido es que en el momento actual el déficit de petróleo no llega a los 10 millones de m.³, y si se considera que el precio actual oscila en los 18 dólares el m.³, hace un total de 180 millones de dólares. Es decir, que el señor Arturo Sábato abultó las cifras en 120 millones de dólares. Esto nos da la pauta de la seriedad con que hizo frente a las críticas que se han formulado contra los contratos, en especial contra el del Banco Carl Loeb, Rhoades y Co. Refutando a los que han impugnado el monto del 20 % como retribución excesiva, dice Arturo Sábato: "Se ha dicho, el banco gana el 20 %, como si se tratara de una tasa de interés anual y como si cada 365 días se llevara 20 millones de dólares aparte y además de las amortizaciones pactadas para el recobro del capital". Y contesta Sábato: "Naturalmente que no es ése el planteo del contrato. Dicho 20 % nada tiene que ver con la amortización ni con el interés; es la quinta parte del valor en dólares que, «paripassu» con la extracción del petróleo y gas, el país se vaya ahorrando cada mes". De acuerdo. Pero ese 20 % sobre el ahorro de divisas por m.³ va a representar, en el mejor de los cálculos, que con una inversión de 45 millones de dólares en tres años más las reinversiones de las diferencias entre pagos de Y.P.F. y gastos de explotación se podrá desde el año sexto de explotación hasta el agotamiento total de los pozos, recoger 20 millones de dólares por año. En consecuencia, que para una inversión real de 45 millones de dólares se hará un beneficio no inferior en ningún caso a 400 millones de dólares en 20 años. Bonito beneficio neto que generosamente puede regalar Y.P.F.

Arturo Sábato se siente satisfecho de haber demostrado que el Comité de operaciones, que será por contrato la única y exclusiva autoridad en el área de desarrollo, no tendrá otra autoridad que la de un gran capataz, un *Big Boss*. Esto era precisamente lo que el país necesitaba para añadir a sus grandes males. Que viniera un gran capataz, un *Big Boss*, como en Cuba y Venezuela, y traído por Y.P.F.

Después de la utilización del señor Arturo Sábato en esta campaña de engaño sobre el petróleo, fué igualmente utilizado el secretario de Energía y Combustibles para llevar al Congreso de la Nación el proyecto de ley sobre nacionalización de los yacimientos de hidrocarburos. Con ello se ha querido impresionar al público y hacerle creer que los recientes contratos no ponían en peligro nuestra riqueza nacional, como si la verdadera garantía de ésta no descansara sobre todo en la solvencia moral, perfectamente acreditada, de aquellos que la han de explotar.

Hoy, al comprobar los procedimientos que se han utilizado en esta batalla del petróleo, aparece claro que el señor Arturo Frondizi ha comenzado a engañar al país y a comprometernos meses antes de la toma del poder el 1º de mayo del corriente año. Hay un hecho cierto, y es que su gobierno ha cumplido una política con respecto al petróleo totalmente opuesta a todo lo que enseñó y prometió anteriormente. Su inteligencia fría, cerebral, calculadora, la ha puesto toda entera en esta tarea de engaño y fraude al país.

La magnitud del engaño

Se ha cometido un gran engaño y un gran fraude contra el país. No sólo por tratarse de contratos importantes que, como hemos explicado, lesionan los legítimos intereses de la Nación, no sólo por referirse a un material estratégico que desata la lucha de los grandes apetitos, sino sobre todo por tratarse de un problema cuya importancia es singularmente señalada en el conjunto de nuestra economía, de suerte que su equivocada solución va a determinar que no pueda resolverse bien n i n g ú n problema esencial de los que se le plantean al país en la actual coyuntura económica.

Si los lectores han seguido nuestros editoriales aparecidos en la serie del presente año, habrán de recordar que dimos especial significación a lo que llamamos el desarrollo nacional. Es claro que el desarrollo nacional está frenado y estancado. El país no progresa como lo venía haciendo en los tres primeros decenios del presente siglo. Ha habido algún progreso, pero a ritmo muy débil. Y ello determina que el país vaya quedando cada vez más atrás. Este quedar a la rezaga es general, en todos los planos de la vida, pero se verifica de modo especial en el plano económico. En la vida todo está unido. Y los lazos de la cultura con la economía son muy estrechos, como lo vemos en lo individual. Cuando abundan recursos uno se puede dispensar una posibilidad de estudios que son imposibles cuando esos recursos escasean. La economía no es cultura ni produce directamente cultura, pero ayuda grandemente a desarrollarla. Y el atraso relativo del país es sobre todo económico. Sabido es que la tasa de crecimiento del producto medio por habitante en el país es de 0,6 por ciento, desde 1930 en adelante. En los tres decenios anteriores veníamos creciendo a un ritmo de 1,2 por ciento. Y hay que

PUNTO FINAL

PRESENCIA *pone punto final a esta serie de apariciones en el presente año. No vemos qué necesidad nos urge a seguir apareciendo. Habíamos creído en Frondizi, no en el sentido de un gran gobernante, pero al menos como un hombre probo, discreto, que podía superar la alternativa peronismo-gorilismo. Creímos que iba a superar dicha alternativa desplazando los problemas del país hacia su solución integral en la gran tarea del desarrollo económico. Pero Frondizi ha tomado la mala ruta. Ha entregado el país al capitalismo extranjero, y de éste al peor, al judeo-marxista.*

No queremos atacarle porque no queremos hacerles el juego a los gorilas. No queremos defenderle porque no lo merece en lo más mínimo.

Ante el gran fraude nacional que ha perpetrado, preferimos callar.

PRESENCIA.

tener en cuenta que ya ese ritmo de 1,2 por ciento era insuficiente si se compara con la tasa del 2 por ciento registrada en los Estados Unidos. Si la Argentina tenía un producto por habitante relativamente alto al iniciarse este siglo, equivalente casi a la tercera parte del de aquel país, hoy aquella diferencia se ha dilatado y el producto argentino sólo es ahora la cuarta parte del producto por habitante en los Estados Unidos. La Argentina ha decrecido, no sólo en comparación con otros grandes centros industriales, sino también en comparación con algunos países latinoamericanos, que han crecido en los últimos tiempos con mucho mayor intensidad.

Sin embargo todos reconocen que el país tiene grandes riquezas, que le proporcionan la posibilidad de superar las tasas de crecimiento del pasado. Pero el hecho es que en los últimos cuatro años su desarrollo económico está totalmente frenado. Su balanza de pagos es prácticamente deficitaria; y ello le impide abastecerse de energía, transporte y maquinaria con que desarrollar su potencial económico.

Si ello es así, ¿qué tiene que hacer el país para salir del atolladero en que se encuentra, desarrollar sus fuentes de energía y riqueza y acrecentar su tasa de crecimiento económico? De la respuesta que se dé a esta cuestión depende que nuestra economía tome una ruta buena o mala. Si la respuesta es engañosa, el engaño que sufrirá el país será de una magnitud incalculable, porque continuará dando tumbos, con medidas improvisadas, sin solucionar resueltamente aquellas cuestiones que le tienen trabado en su desarrollo económico. Pues bien, en este engaño han incurrido Frondizi y el grupo de sus asesores más inmediatos.

El gran engaño de que la solución de nuestra economía ha de venir del capital extranjero

Nuestra economía está frenada, he aquí el hecho. Y está frenada porque tenemos una balanza de pagos desfavorable. Traigamos capital de fuera, dicen algunos, y éste movilizará nuestras riquezas, con lo que se podrán reducir las importaciones y abundarán los bienes que se producirán dentro del país. Un país rico como el nuestro, con grandes posibilidades en todos los órdenes, movilizado por el capital extranjero, encontrará soluciones a todos sus problemas. Pero los expertos en economía no son tan optimistas. El ingeniero Francisco García Olano dió, sobre este tema del capital extranjero y nuestra economía, una conferencia en la Sociedad Científica Argentina el viernes 29 de agosto, en la que expresó conceptos sumamente oportunos y dignos de tenerse en cuenta en la presente coyuntura del país. Señaló que el capital extranjero es como la estricnina; en dosis pequeñas puede actuar como remedio, pero en dosis grandes puede convertirse en un terrible veneno, capaz de producir la muerte. Y la razón la comprenderá de inmediato quien considere que un inversor extranjero, en este caso un inversor americano, no vendrá al país si no puede realizar inversiones que le reditúen proficuos beneficios que pueda hacer volver al país de origen. El problema del capital extranjero se plantea, entonces, cuando hay que remitir las ganancias al país de origen de los inversores. Walter M. Beveraggi Allende ha expuesto de modo sobresaliente este punto en *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, (Fondo de Cultura Económica, 1954). Allí dice claramente: "Una abultada deuda exterior y/o las inversiones de capital extranjero en grande escala generan un serio y permanente problema de balanza de pagos para el receptor de los capitales foráneos, debido a la obligación en que se incurre de pagar los servicios y de facilitar la remisión de las ganancias de los inversores privados" (pág. 28). Y en la página 30 escribe: "Las inversiones extranjeras más allá de ciertos límites pueden resultar inconvenientes y aun perturbadoras para los países productores de materias primas". Y todo su libro lo demuestra cumplidamente.

En primer lugar, en este problema de las inversiones extranjeras, hay que disipar la idea fácil que se hacen muchos de que hay una avidez ilimitada por parte de los inversores en venir a explotar nuestras riquezas. Esta avidez es relativa. Los inversores quieren realizar buenos negocios y están dispuestos a venir cuando puedan realizarlos. Pero hay que tener en cuenta que buenos negocios pueden encontrarlos en los mismos Estados Unidos, donde aquéllos producen un beneficio superior al 14 por ciento, y ello con una moneda relativamente estable. No vendrán entonces aquí si no se les ofrece buenos dividendos que compensen la desvalorización de la moneda por la inflación y que les reditúe, al menos, ese beneficio del 14 por ciento. Un dividendo superior al 14 por ciento y pagadero en dólares. Quiere ello decir que nuestra economía tendrá que hacer remesas en dólares al exterior por las inversiones extranjeras. Y si se tiene en cuenta este hecho de que habrá que remesar al exterior buenas sumas por servicios de amortización e intereses, es cuestión de estudiar qué posibilidades tiene una economía como la nuestra con una balanza de pagos difícil y comprometida. Los buenos economistas tienen todo esto perfectamente estudiado y calculado. Saben que las deudas e inversiones extranjeras en el país al año 1957 se elevan a un monto de 1.800 millones de dólares, lo que viene a representar en la balanza de pagos una salida por concepto de amortizaciones, pagos diferidos y servicios financieros de 180 millones de dólares para 1958. El país puede absorber alrededor de 1.500 millones de dólares más en los próximos diez años, con tal que se apliquen convenientemente en inversiones que substituyan importaciones y que movilicen la industria. Estas inversiones tendrán que aplicarse a energía, transporte, siderurgia, industrias químicas básicas. Pero no podrá absorber más capital extranjero porque no puede hacer frente a un monto superior a 300 millones de dólares en concepto de amortizaciones e intereses.

Como se ve, nuestra situación es muy estrecha y ajustada. Por todo ello hace falta un tratamiento *cuidadoso* del capital nacional y del capital extranjero, que si se aplican convenientemente nos van a sacar de nuestros males y nos van a dar una estructura económica floreciente. Si, en cambio, no son tratados convenientemente, si el capital extranjero viene en forma exagerada, o en condiciones de privilegio respecto del capital nacional, se va a producir *una distorsión en nuestra estructura económica*, a costa de la industria nacional y del bienestar económico del país. He aquí el peligro de toda la política de Frondizi, que se ha puesto de relieve, de modo típico e inconfundible, en los contratos de petróleo. En ellos el gobierno acuerda condiciones tales de privilegio al capital extranjero que éste vendrá, pero no a solucionar nuestras dificultades, sino simplemente a hacer negocios fáciles, que esquilmarán nuestras riquezas y nos dejarán en peores dificultades que aquéllas en que nos encontramos. El capital extranjero, asegurado con cláusulas de privilegios, se asegurará asimismo un alto pago por amortización e intereses, en dólares, con el aval de los bancos Central e Industrial. Las pocas divisas fuertes disponibles se emplearán para compensar estos pagos, además de la preferencia de cambios que se acordarán a estos inversores para que puedan entrar cuanto necesiten a fin de movilizar sus industrias.

Dentro de la economía del país se creará una zona de empresas e industrias privilegiadas, a cuyo servicio se pondrá el resto de las industrias y de los habitantes del país. Una economía distorsionada, en que unos grupos —los nacionales— se someterán al servicio de otros grupos —los extranjeros—, engendrándose así luchas sin fin de intereses, en perjuicio de la población, que se hallará en condiciones de estrechez y sometimiento, teniendo a la vista una fantástica explotación y movilización de sus riquezas.

El engaño de Frondizi defrauda substancialmente a la Nación

Este engaño de Frondizi, en la precisa coyuntura de la economía en que el país se encuentra, es sumamente funesta. Cuando el país se halla ante dificultades cuyo adecuado tratamiento le permitiría dar un gran salto que le asegurase un notable desarrollo, en ese preciso momento, por ignorancia, precipitación, temor o mala fe, se toman medidas contraindicadas que van a impedir que el país recupere su desarrollo. Con esta política de mala radicación del capital extranjero el gobierno va a frustrar el recobro de nuestra economía, por la imposibilidad de equilibrar nuestra balanza de pagos. La economía nacional, esquilmada por el capital extranjero, se va a ver ante dificultades cada vez más insuperables. Los nativos se convertirán en sometidos de este privilegiado capital extranjero traído inconsultamente por el señor Arturo Frondizi.

Como lo insinuamos con bastante claridad en nuestro editorial anterior, quedaría por averiguar si detrás de esta equivocación y de este engaño al parecer no intencionado del señor Frondizi, no se esconde algo peor, una especie de venta total del país. Todo hay que temerlo cuando junto a y alrededor de Frondizi se ha visto aflorar tanto judío, tanto marxista, tanto capitalista internacional judeo-marxista. Lo cierto es que toda la cultura del país se ha acabado por entregar a oscuras fuerzas marxistas. La cultura universitaria y la cultura popular. Miles de millones invierte el país en la tarea de pervertir las inteligencias de los ciudadanos. Aunque mañana cierta libertad de enseñanza permita el florecimiento de universidades e instituciones privadas, la acción de éstas se verá ahogada ante la montaña de recursos y medios con que contará el marxismo en su tarea de perversión de las mentes. Y es de temer que este nuevo capitalismo petrolero, que va a distorsionar nuestra vida en el plano económico, contribuya a distorsionar también nuestra cultura y nuestra política. No en vano Henry Ford, en *El Judío Internacional*, denuncia a la Banca de Nueva York Kuhn, Loeb and Co. como financiando a Trotszky en su tarea de la revolución comunista del 17.

El gran fraude nacional cometido con la complicidad de algunos nacionalistas

No seríamos completos en la exposición del gran fraude perpetrado contra la Nación en este asunto de los contratos petroleros si no denunciáramos la actitud de ciertos nacionalistas que han apoyado con sus aplausos, o al menos con sus silencios, esta concertación de los contratos. Por supuesto que no nos referimos a la defensa de lo nacional cumplida por los redactores de la revista *Qué*. Estos se han movido dentro de la gran aventura corrida por Frondizi y sus colaboradores. La aventura les ha salido bien por ahora. Al que le ha salido terriblemente mal es al país, que ha sido defraudado y traicionado. Nos referimos a los nacionalistas de viejo cuño que han apoyado a Frondizi en su campaña electoral y que ahora, en un asunto tan claro de traición a lo nacional como es éste del petróleo, no han tenido la fortaleza necesaria para salir por los fueros de la Nación. No hay nada que los justifique. Y el verlos defender o callar produce una muy triste impresión. Se sienten cohibidos. Como "cebados", sin libertad para hablar. Las defecciones, dolorosas pero no inesperadas, que se han producido, se han visto felizmente compensadas por la valentía del grupo que, alrededor del semanario "Azul y Blanco", ha sabido defender con eficacia la auténtica posición nacional. Sin embargo, creemos, y al menos lo esperamos, que aquellos nacionalistas, aleccionados por los hechos que hablarán cada vez más elocuentemente, abandonarán la línea hipócrita que so capa de lo nacional está traicionando a la Nación.

Triste condición de un país con grandes posibilidades de riqueza y de vida sobre el que pesa la desgracia de que cada gobierno que aparece es más inicuo y nefasto que el anterior. Y el pobre ciudadano se encuentra con que, cuando se hace propicia la posibilidad de un gran salto en el desarrollo trabado del país, en ese preciso momento, se le engaña con un gran fraude nacional.

PRESENCIA.

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

V. ANTE LOS RESULTADOS DE LA REFORMA

La Opinión de los Reformistas

32. Para quien ha examinado serenamente, con sincero propósito de valoración y de utilización de todo lo bueno y aprovechable que pudiera tener; para quien ha tratado de investigar los principios puestos en juego para descubrir si los efectos producidos eran resultado de una defectuosa aplicación o simplemente el resultado lógico de principios falsos; para quien ha seguido atentamente el desarrollo del movimiento reformista a lo largo de sus cuarenta años de existencia, comprobando siempre las mismas manifestaciones y los mismos resultados; para quien sigue viendo la misma desorientación y la misma anarquía mental y administrativa, las conclusiones acerca de la Reforma no admiten disyuntiva. Se llega forzosamente a la conclusión de que ella expresa la anti-universidad. Personalmente me he tomado la tarea de tratar de entender a los reformistas y he aguantado muchísimos de sus actos y de sus documentos. Al ocuparme del estudiante y las consecuencias que sobre él ha tenido la orientación reformista, he de referir algunos episodios de los que yo ví durante mi vida de estudiante, mientras trataba de descubrir algún dirigente reformista que supiera bien lo que quería y lo que era la Reforma. Cuando advertí la incoherencia y la disparidad de sus opiniones y comprendí que, justamente, en la entraña del movimiento estaba el apartar a la juventud del saber y de la formación intelectual, decidí, con un grupo de amigos, advertir a los compañeros sobre tales errores que comprometían tan seriamente nuestro destino intelectual. Y desde los últimos años de nuestra carrera combatimos a la Reforma. Nuestra decisión fué resultado, no de prejuicios ni posición tomada de antemano, sino de una convicción firme lograda por el examen atento de la trayectoria reformista desde 1918 a 1930. Veinticinco años después, con la enorme experiencia ya de cuarenta años, mi convicción se ha refirmado a un grado de verdadera evidencia.

Pero si alguien no se sintiera satisfecho con mi apreciación, por creerla parcial, la opinión de los propios reformistas debe ser oída para que el juicio sea completo. Por eso he de transcribir algunas opiniones que deben ser absolutamente insospechables desde el punto de vista del reformismo.

33. Comencemos por el Dr. Ramón J. Cárcano, que fué uno de los precursores de la Reforma. Con singulares dotes intelectuales, ágil y brillante, escritor distinguidísimo, con vocación de historiador y de político, encabezó la generación liberal de 1880.

Con los jóvenes de su tiempo, el Dr. Cárcano propició la reforma de la Universidad. En su libro "Mis Primeros Ochenta Años" escribe: "El movimiento innovador fué creciendo; yo mismo ocupé la tribuna universitaria para impulsarlo; se dividen las opiniones, aparecen las facciones y se sostiene una lucha sorda, intransigente y reversiva hasta culminar en *el ruidoso y estéril estallido de 1918*.

"¿Cuáles son los resultados de la revolución universitaria?

"Ningún resultado bueno. El movimiento desnaturalizado y pervertido por los intereses subalternos; los profesores insuficientes y parasitarios; las aulas desiertas y la juventud sin escuela, sin saber, sin altos anhelos, sin rumbos, expuesta a todos los exotismos, dentro de una democracia incipiente, que requiere para afirmarse orientaciones acertadas" (pág. 209, 2ª ed., 1944).

Esta opinión dada en plena madurez de la vida, es particularmente interesante por los efectos que con toda razón atribuye a la Reforma.

34. He tratado personalmente y estimo sobremanera al Dr. Jorge Orgaz, médico y profesor destacado, con vocación de estudioso y lleno de calidades y de inquietudes intelectuales. El Dr. Orgaz ha sido una de las figuras de relieve del reformismo, y de su sinceridad no puede dudarse.

En un discurso pronunciado en la Universidad de Córdoba, dijo el citado profesor: "Hemos llegado a identificar al profesor con el expositor, sin importarle mucho a la Universidad ni qué ni para qué expone ni cuál es el rendimiento de su esfuerzo para los propósitos y fines de la universidad. Pienso que nuestro sistema de enseñanza es defectuoso y será mientras subsista, insuficiente, por una razón o circunstancia que diré congénita, por una especie de pecado original, y es que ha sido concebido con vistas al profesor más que al alumno".

El párrafo tiene mucha miga y al autor no se le ha escapado, por cierto, que a la Universidad reformista no le importa ni qué ni para qué expone el profesor; como tampoco que hay un pecado de origen en la transformación del profesor en simple expositor de cualquier cosa. Pero hay que declarar más este pecado. A la Universidad no le interesa lo que se enseñe, porque ha dejado de tener por fin el saber. Y el sistema del expositor es malo, porque ha sido establecido como resultado de una "reivindicación estudiantil", como un paso en la lucha de clases instaurada en la Universidad y como un triunfo de la clase proletaria estudiantil que ha conseguido liberarse de la tarea de estudiar durante el año, para cargar con todo el peso del trabajo al miembro de la clase opresora, el profesor.

35. Tomás Bordones fué presidente de la F.U. de Córdoba en 1932, y según la "Gaceta Universitaria" (septiembre 15 de 1945) "uno de los dirigentes más brillantes que hayan conducido los movimientos universitarios argentinos a partir de 1918".

El juicio de los reformistas lo transcribo para que no pueda dudarse de la parcialidad del testigo; pero lo conocí y lo ví actuar y no lo comparto.

La muerte que se lo llevó siendo aún joven impidió tener una medida exacta de lo que iba a dar. Era apasionado y de tendencia comunista. Actuaba y hablaba con violencia. Era un reformista puro. Cuando yo egresé de la Universidad, Bordones actuaba en el Centro de Medicina y luego pasó a presidir la Federación.

En la encuesta que acerca de la Reforma realizó en 1936 el periódico "Flecha", que dirigía el doctor Deodoro Roca, Bordones dió una respuesta que conviene conocer:

"El movimiento del 18 fué un movimiento «espasmódico» de una juventud que se lanzó a la lucha callejera, empujada por un largo y doloroso proceso de *rebeldía*, provocado y fomentado más que nada, por la torpeza de la reacción ignorante.

"Movimiento «espasmódico» porque su preparación no tuvo por base un meditado y sereno estudio de los problemas que comenzaban a pintar en la vida civil; porque le faltó un rígido planteamiento de las necesidades vitales del pueblo y de las soluciones necesarias, ya que, amén de la indignación que rebelaba a la juventud, por las maniobras reaccionarias, los espíritus estaban sacudidos por la hecatombe europea y porque en todo alentaba la esperanza romántica de la repetición del ensayo colosal y mal conocido de Rusia".

Luego añade: "...se venció, es decir, se cambiaron profesores, se modificaron estatutos, y... al cabo de unos pocos años la Universidad *estaba peor que antes*, y el pueblo se fué apartando, desalentado y sin fe en quienes, en un momento, creyó o deseó creer".

Estas declaraciones de Bordones, cuya autenticidad reformista no puede ser puesta en tela de juicio, demuestran claramente cuanto he dicho antes sobre la filiación comunista del movimiento, su despreocupación por lo universitario y la falta de un pensamiento claro y definido.

Y lo más extraordinario del caso es que estas palabras las reprodujo "La Gaceta Universitaria", órgano oficial de la F.U., como homenaje a Bordones.

36. El Dr. Ismael C. Bordabehere, que también fué presidente de la Federación Universitaria de Córdoba y que con Horacio Valdez y Enrique R. Barros formó el gobierno tripartito de la Universidad, que designó la F.U. al apoderarse de la Universidad en setiembre de 1918, dijo contestando en la misma encuesta de "Flecha": "Siendo la Reforma Universitaria un idealismo en marcha que debía adaptarse en todo momento al ritmo de las

ADIOS A "PRESENCIA"

Para qué decir nada, si es lo mismo,
si el lento oprobio de lo cotidiano
va deshojando cada tarde en vano,
va distrayendo en humo su espejismo.

Para qué deslizarse en el abismo
de un transcurrido tiempo, de un lejano
morir entre memorias con desgano,
si por el aire viene un cataclismo.

Quiénes somos nosotros, qué podemos
para templar los ásperos extremos
que irritan el amor y la violencia.

Mejor llevar el alma desollada
sin preguntar a nadie, si no hay nada
que podamos salvar con tu presencia.

AUGUSTO FALCIOLA.

grandes conquistas científicas, sociales y políticas, *no ha logrado alcanzarlo dentro ni fuera de la universidad*. También lo reprodujo la "Gaceta Universitaria" el 31 de agosto de 1945.

Y para concluir con los textos reformistas, el propio Julio V. González, en su libro escrito en 1945, es decir, después de 27 años de reformismo, dice: "Una vez que se asiente la Reforma, podrá la Universidad de Córdoba realizar esta obra esencial de los grandes institutos". Reconocía que a esa fecha aún no la había realizado.

37. Los juicios reformistas, con toda su severidad, no muestran sin embargo, toda la magnitud del daño causado por la aplicación de sus falsos principios. Las personas que he citado aluden a efectos. Comprueban que la Universidad empeoró. Pero, en general, no ven la relación de causa a efecto entre los principios que ellos postulan y los efectos que critican. En realidad, piensan como González que es por defecto de aplicación. Y esto es más grave error aún, porque los hace recalcitrar en el error y los ha inducido a la reincidencia. La actual metástasis reformista concluye el ciclo de estas demostraciones.

38. No podré ocuparme con más detenimiento, como hubiera deseado, sobre la forma en que la concepción reformista ha incidido en todas aquellas cosas que hacen a la esencia misma de la vida universitaria. Por hoy bástenos decir que la Reforma ha herido vitalmente a los estudios, al profesor y al estudiante. Y por añadidura, ha quebrado en sus fundamentos el principio que asegura la organización, a saber, el principio de autoridad, y ha introducido el caos y la anarquía.

Vuelta al espíritu universitario

39. El análisis de la caída universitaria sirve, a mi juicio, para medir su profundidad y las dificultades de una solución integral duradera. Un estado de cosas de antigua data, resultado de un largo proceso, no puede cambiarse de golpe y porrazo. La solución tiene que venir por grados prudencialmente establecidos.

La vida universitaria es algo muy complejo y las soluciones simplistas, tipo militar, mediante un simple cambio de hombres o por vía de úcases, están por naturaleza destinadas al fracaso. Desde 1930 a 1957 tres gobiernos de militares han incurrido en este error.

El problema radica fundamentalmente en el espíritu: hay que volver a plantear las cosas en ese terreno.

No se trata, pues, de remontar la historia para volver a las universidades medievales; no se trata de destruir cosas modernas que son verdaderamente valiosas; sino que es necesario a todos los que participan de la vida de la Universidad recuperar ese espíritu, que es como la forma substancial de la vida universitaria, para actualizar sus infinitas posibilidades. Es en la línea de la vocación y del espíritu donde el problema tiene una formulación estrictamente universitaria.

40. Es necesario comprender que la vocación y la vida universitarias comportan obligaciones y un estilo de vida que muy pocos están dispuestos a soportar. Ocurre con la vocación intelectual lo que con todos los dones que se reciben en la existencia: obligan en la medida de su excelencia. La vida intelectual y universitaria debe estar abierta para todos los que tengan aptitudes e inclinación a la misma y estén dispuestos a afrontar sus rigores. En este sentido no debe haber limitaciones de ninguna otra clase: ni el dinero, ni la condición social, ni los privilegios hereditarios, etc. Pero es un error gravísimo el que, so pretexto de democracia, se abran las puertas de las universidades a multitudes absolutamente carentes de aptitudes y que acuden a ellas por móviles inferiores y desvinculados de la vida intelectual, del saber, de la cultura.

En este orden de cosas se impone un cambio de actitud en las mentes. Y ante todo en las mentes juveniles. Mientras los estudiantes deseen holgar y obtener cada vez mayores comodidades; mientras se desinteresen del saber, y sólo busquen un título profesional o, peor aún, una manera de figurar políticamente, será inútil pedirles a los gobiernos ordenamientos nuevos, aunque éstos son también necesarios.

Hay que orientarse, pues, hacia la selección de las vocaciones. Y no hay mejor manera que las pruebas en las cuales la vocación se afirma y se robustece. Las pruebas deben ser de doble índole: ante todo de calidad moral y de capacidad intelectual después.

Acaso no pueda pasarse de golpe a un régimen severo de selección, porque el desbarajuste actual es tan grande, los malos hábitos tan estabilizados y la holgazanería tan generalizada, que difícilmente se aceptaría. Pero si se logra en los centros estudiantiles formar una nueva conciencia, una convicción clara de la conveniencia de seleccionar los universitarios (cosa que favorece a todos en particular y al país en general), entonces se pueden ir creando nuevos hábitos de estudio y responsabilidad universitarias, mediante las exigencias de ingreso y de trabajo.

Si este espíritu de estudio renace (lo que no es fácil y requerirá tiempo y paciencia) todos los institutos existentes pueden ser mantenidos con provecho. Una progresiva modificación de los planes de estudio para lograr un mayor rendimiento permitirán que las escuelas satisfagan las necesidades sociales que contemplan.

Todo ello irá preparando el ambiente para un renacimiento de los altos estudios; no como una carrera profesional más, a la cual se proyecten los vicios de que adolecen las otras, sino como la manera precipua de realizar la vocación intelectual.

41. Pensaba desarrollar extensamente los temas vinculados al profesor y al estudiante universitarios, absolutamente deformados por la concepción reformista. Razones de fuerza mayor me lo impiden por ahora.

Diré, pues, para terminar, que la vida universitaria auténtica debe ser realizada y siempre existirá como una posibilidad por la cual se debe trabajar. Pero es necesario entenderlo bien y de una vez por

ENTRE KAFKA

Sócrates se rascó el muslo.
PLATÓN.

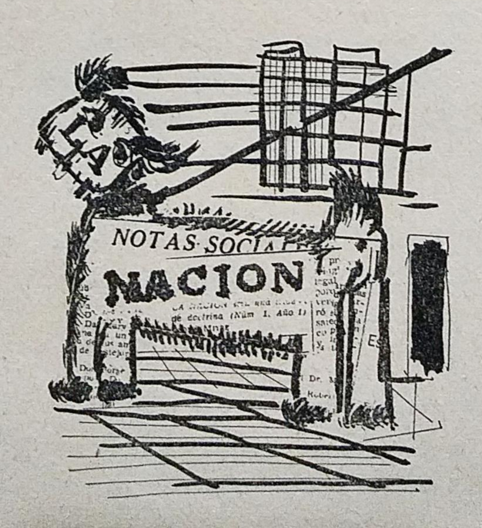
Entre todas las discusiones a las que los argentinos se entregan desde la caída de Perón acerca del modo mejor para organizar el país, gobernarlo y devolverle la paz social, la prosperidad económica y el orden político, ninguna ha tenido en cuenta la más sencilla de todas las soluciones, que es la que, para empezar, consideraría como dotada de urgencia primordial la necesidad de proceder a una reforma fundamental de nuestras instituciones.

Es una solución sencilla, justamente en la medida en que, sin ella, no habrá jamás en este país paz social, prosperidad económica ni orden político. Es por ello que semejante solución es al mismo tiempo la más difícil de hacer aceptar por los argentinos que se creen —o quieren creerse— todos republicanos y que, sin excepción a la vista, se proclaman —o fingen proclamarse— democráticos. Porque, dése el giro que se quiera a la cuestión, la única solución viable no puede ser más que política, por resultar verdad enceguecedora en la Argentina la verdad que ha dado sus pruebas por doquiera del maurrasiano *politique d'abord*, reedición pura y simple del axioma del barón Louis, *faites-moi de bonne politique et je vous ferai de bonnes finances*. Y ello implica —vano sería perderse acerca de ello en disquisiciones prolongadas— que dar a los problemas de este tiempo y de este país un enfoque genuinamente político significa poner esencialmente en tela de juicio el concepto de democracia tal como se lo entiende en esta tierra y la idea republicana como ha ido forjándose aquí a partir de 1853.

Para examinar semejantes tópicos con un mínimo de objetividad, es necesario dejar de lado preferencias y repugnancias y proceder con mente de laboratorio, es decir, con aquel empirismo que acumula datos, precedentes y ejemplos cuya multiplicación permite luego la elaboración de toda teoría válida. Aquí, pues, se hace imprescindible considerar, no ya las teorías elaboradas de antemano, sino los hechos escuetos. Estos hechos escuetos, si acumulamos para nuestro examen todos aquellos que la historia registra desde hace medio siglo, se resumen en una sola pregunta: ¿cuál es realmente el resultado de la prédica y de la acción democráticas en este país? Y, corolariamente, ¿cuáles han sido los métodos que toda experiencia democrática de gobierno ha empleado para llegar a los resultados que hoy día podemos considerar como definitivamente "adquiridos"?

No limito, por supuesto, el alcance de estas preguntas al solo ámbito argentino y, bien por el contrario, cada vez que ello resulta aleccionador para nosotros, tengo presentes los precedentes que es posible descubrir en países a los que todos juzgan corifeos del ideal democrático, por ejemplo, Inglaterra con su régimen parlamentario, Francia con su sistema pluripartidario, Estados Unidos con su organización presidencialista.

En ninguno de estos tres países, como tampoco en el nuestro, resulta difícil descubrir que los métodos de selección que, finalmente, logran imponerse, llevan a la constitución de partidos emanados de oligarquías económicas o (e) ideológicas que tienden a considerarse a sí mismas, tarde o temprano, como única expresión valedera de la nación. También se comprueba que semejante pretensión que, en un momento dado, pareció legitimarse en efecto en los hechos, terminó



England made me

todas: a cada ser corresponde una manera de existir. A la Universidad sólo hay una manera de levantarla: con el trabajo intelectual, con el sometimiento a las duras leyes del pensar y a las severas exigencias morales que impone.

Es la adhesión a la Verdad la que ilumina el entendimiento y la que hace verdaderamente libre al hombre. Es la Verdad la que eleva y perfecciona todas las potencias y toda la actividad humanas, ordenándolas a la dulce serenidad de la contemplación. En la cumbre de la contemplación el hombre ve todas las cosas pacificadas en la magnificencia del orden cósmico y su integración en el plan de la Providencia. En ella traspone el azul metafísico y logra, por la recta disposición del corazón, acceder a la plena iluminación de las verdades reveladas y a las profundas operaciones divinas en el plano superior del espíritu y de la experiencia mística.

Es así, en la justa estimación y adhesión a los valores intelectuales, éticos y religiosos, que el hombre logra la plenitud de su formación cultural.

Francisco Javier Vocos.

Y AGRAMANTE

degradándose por el exceso mismo de dicha pretensión y de sus aplicaciones merced a las experiencias de gobierno a las que el juego electoral dió lugar. La clase dirigente inglesa —conservadora o liberal— con el andar del tiempo ha tenido que negarse a sí misma aceptando el juego a ella impuesto por el contrincante laborista, de suerte que Inglaterra es, hoy en día, un país prácticamente desprovisto de gobierno, un país que se salva aún porque la institución monárquica, guardiana de tradiciones difíciles de eliminar incluso por los secuaces de los Sres. Gaitskell y Bevan, le asegura apariencias de armazón que durarán lo que dure esta precaria segunda paz mundial. Los hechos que han ido registrándose recientemente en Francia hablan por sí solos acerca de la ineficacia, en un primer tiempo, de la nocividad, luego, del régimen de asambleas —parlamentario y republicano y, por encima de todo, democrático— que ha llevado a las catástrofes registradas en ese país y su imperio entre el 1º de septiembre de 1939 y el 13 de mayo de 1958. En cuanto a lo que está sucediendo en Estados Unidos, donde todos los órganos vitales de la nación están "militarizándose" —es decir, concibiéndose a sí mismos en función estratégica—, ello basta para explicar los alcances de un fracaso político en que los beneficiarios del sistema bipartidario —pese a ser los forjadores de la prosperidad nacional— se han revelado incapaces de gobernar a su país a partir del momento en que esa prosperidad obligaba a dicho país a proyectarse en escala mundial. En cada uno de los tres casos citados, la fórmula democrática de gobierno ha desembocado en el desmoronamiento de las estructuras, ya sea internas, ya sea internacionales y militares, cuando no de las dos a la vez. Y ello significa, en razón del carácter incurable de dicho desmoronamiento reconocido por los responsables mismos de dicha fórmula, que, a partir de un cierto momento, otra fórmula tiene que encontrarse si no se quiere correr al encuentro de catástrofes mayúsculas. Sobre todo en circunstancias como las actuales, en que el plantígrado que se mueve a la sombra de la catedral Uspenskiy está preparando para los secuaces de la "democracia formal", cuya evocación verbal provoca los conmovidos sollozos del profesor Américo Ghioldi y del radiogorila Bonardo, despertares fantasmagóricos que exigen otra cosa, muy otra cosa, que sollozos y proclamaciones estentóreas acerca de las bondades irreemplazables del ideal democrático y de sus beneficios correlativos.

No vamos a empezar de nuevo a buscar responsabilidades. En el caso francés, es visible que todo empieza con la desaparición de los Capetos; lo sabe de Gaulle y lo saben incluso Guy Mollet y Pierre Mendès-France. En Inglaterra, todo se define con el segundo conflicto mundial y con las alianzas que el gobierno de Su Graciosa Majestad, presidido por el genial Winston Churchill, se fué a buscar para tejer su "cruzada de las democracias contra el fascismo", alianzas de las que la más extraña no fué la soviética, sino la norteamericana. Y, en Estados Unidos, todo empieza con Nikita Serguéievich Jrushchov, suscitado por Dios para hacer comprender a los yanquis que, para dominar el mundo, son necesarios otros *atouts* que los grandes negocios, la buena conciencia y ese buenazo del presidente Eisenhower. Como en el caso de los franceses, para nosotros todo empieza con la desaparición de los Borbones, que eran lo que eran, pero que, por lo menos, nos aseguraban un equilibrio que, desde las guerras de Independencia, no ha sido posible volver a encontrar a través de líneas que, más o menos directamente, van de Mayo a Caseros, de líneas que han acabado por ser manejadas por oligarquías trasnochadas que, en fin de cuentas, no se reconocen a sí mismas más que invocando un democratismo que, por lo demás, serían incapaces de definir correctamente si existiese una definición de un concepto que no logra expresarse precisamente porque su inexistencia lo hace inexpresable.

En el sistema cuyos escombros han ido acumulándose contra nosotros a partir, cuando menos, de 1930, algo parece resultar incuestionable para sus beneficiarios como para sus enemigos: el sufragio universal. Nuestro régimen bipartidario emana del sufragio universal por la elección, pero ¿de qué modo exactamente se realiza semejante experiencia? No ya por la libre decisión de los ciudadanos a quienes se entrega listas electorales elaboradas de antemano sin que hayan tenido nada que ver con esa elaboración, sino, pura y simplemente, por la cooptación, esto es, por la voluntad de los jefes de los partidos y de los grupos de intereses que los rodean. Si en el comienzo, dichos augures más o menos clandestinos se las arreglaban seleccionando a los hombres más representativos de sus grupos, a los más ilustrados a la vez que a los más ilustrativos, con el andar del tiempo el sistema ha llegado a desconfiar de quienes no son auténticos ramplones, de quienes se atreven a pensar por su propia cuenta, de quienes, en suma, se seleccionan a sí mismos, por su calidad intelectual o moral. El espectáculo ofrecido por nuestras asambleas, las de los años 30, las del primer trabajador y las de ahora, ofrecen a este respecto cuadros desoladores de tierra quemada y de cabezas arrasadas a la altura del estómago. Nuestro sistema de asamblea y de partidos constituye, pues, la prueba irrebatible de la falta de voluntad —de la noluntad— de hacer reinar en el país una estricta economía en materia de hombres, en razón de una incompetencia orgánica que proviene del modo con que se procede al reclutamiento de sus dirigentes.

Si ello fuera todo, quedarían algunas esperanzas, puesto que siempre se podría pensar que, en el momento oportuno, los mejores sabrían substituirse a los peores. Sin embargo, es visible que el sistema ha tenido cuidadosamente en cuenta esta eventualidad catastrófica para él y sus corifeos.

Tan es así que, desde sus albores, dicho sistema se las ha arreglado para crear a partir de sus propias orillas una espesa zona de silencio destinada a ahogar las críticas y a estrangular los contrincantes.

Es por ello que tengo una irrefrenable tendencia a soltar la carcajada cuando oigo a un Sr. Bonardo, demócrata progresista, es decir, miembro de la agrupación más lóbrega de ese sistema en delicuescencia, ejecutar sus trémolos en la TV para sepultar con flores democráticas, dirigiéndose al Presidente, la libertad de prensa ejecutada por el totalitarismo renaciente. Suelto la carcajada porque el partido al que pertenece el Sr. Bonardo, después de haber pertenecido al PC —si es que hay mucha diferencia real entre PC y PDP— es el más evidente beneficiario de dicho sistema y que, cuando habla de censura, olvida hablar de la censura mucho más auténtica que él y sus amigos han extendido sobre este país cada vez que han podido agarrar la manija por su cuenta. Hablemos un poco de esa censura tácita revestida, mediante infinitas complicidades, con los oropeles de una democracia que ejecuta toda suerte de diversiones, que van del quejido a la amenaza, para conservar algún semblante de vida en un país que le ha dado decididamente la espalda. La censura tácita es justamente la más eficaz de esas diversiones. En una cierta medida, se la puede llamar incluso censura por diversión cuando, precisamente, en nuestras universidades, para no ir más lejos, multiplica el estudio de disciplinas totalmente inútiles para ahogar bajo el peso de esa inutilidad aquéllas q u e servirían para hacer comprender a la juventud la nocividad de sus "príncipes". Se estudia mucha sociología y se envía a los estudiantes a las villas cartón para trazar tabelas y estadísticas que no sirven para nada, puesto que la democracia se revela enteramente incapaz de edificar casas y viviendas habitables a precios decentes. Y, al mismo tiempo, se elimina cada vez más el estudio de la historia general porque se sabe que, de este estudio —que llevaría al parangón con lo ajeno y, por ende, con soluciones aportadas según métodos no democráticos por países sin línea Mayo-Caseros—, el sistema saldría como la IV República acaba de salir del Forum de Argel. Y se practica también la censura por omisión, peor quizás que la precedente, porque ésta ninguna inquietud individual puede desbaratarla. La censura por omisión consiste en copar la prensa y la radio. Los puros acentos democráticos emitidos por el democrático Sr. Bonardo no son más que una cortina de humo echada sobre esta realidad, cuyo móvil es impedir no sólo que los argentinos oigan la voz de los disconformes en lo que hace al sistema y a sus métodos, sino que esos mismos argentinos logren saber que, en el país, existen semejantes disconformes.

Para llevar a cabo ese tipo de política, hace falta una actividad titánica, cuyo desenvolvimiento exi-



La peste

ge una serie de estados mayores más o menos clandestinos y tropas de choque más o menos conscientes o ingenuas. El último golpe genial de los planificadores de la empresa ha consistido en encontrar militares lo suficientemente ingenuos justamente como para dejarse manejar en este sentido por quienes, mucho más astutos que ellos, los sacrificarán el día en que estimen que esos aliados circunstanciales se han vuelto inútiles o están a punto de despertarse.

Porque este día vendrá, y es posible incluso que venga antes de que pasen muchos meses. Vendrá, para hablar con precisión, el día en que los ingenuos coroneles y capitanes de navío más arriba citados descubran que el comunismo está por echar por la borda a las "reaccionarias" Fuerzas Armadas. Para los secuaces del sistema demoliberal, no hay enemigo a la izquierda y, siempre, les resultará más apetecible la amistad de un comunista —de estricta o de lata observancia— que la de un hombre de armas, porque éste, pese a todas sus ingenuidades, siempre será un patriota argentino. Por lo menos, a la hora de la verdad. Es en previsión de este despertar fatal que el sistema ha entregado la instrucción pública a los marxistas, cuya prédica, pública o privada, siempre es fundamentalmente antimilitarista.

Para nuestros príncipes —y no hablo precisamente de los que están actualmente en el gobierno, sino de aquéllos que, después de habernos desgobernado durante dos años, quisieran con tanto empeño volver a regir nuestros destinos— la democracia no puede ser más que una cooperativa de consumo. Y, en momentos de crisis como los actuales, ello implica que, siempre para ellos, toda fórmula de gobierno sólo puede ser una fórmula de diversión.

Cuando semejantes hombres hablan de democracia, no se trata de hablar su lenguaje para desarmarlos, fenómeno que se puede registrar demasiado a menudo desde hace algún tiempo en este país. Se trata, pura y simplemente, de desconfiar. Cuando el Sr. Zavala Ortiz nos habla de la intangibilidad del sufragio universal, mejor sería pensar en encontrar otra cosa. Una otra cosa que quitara, para empezar, sus aristas más ponzoñosas a ese sufragio universal. Una otra cosa, por ejemplo, que eliminara algo de la beligerancia de una Cámara de diputados que no sirve sino para entorpecer el desarrollo de la nación. Una otra cosa que, al lado de dicha Cámara, previera la presencia de un Senado elegido de otro modo que el actual, es decir, de un modo auténticamente indirecto, el que surge, por ejemplo, de los intereses profesionales y regionales. Una otra cosa que hiciera de la persona del jefe del Estado la emanación, no del sufragio universal, sino de las legítimas fuerzas vivas del país, esto es, un jefe del Estado seleccionado entre los mejores ciudadanos del país y no entre los más hábiles o los más fáciles; un personaje que, una vez elegido, tenga la libertad de resultar mejor de lo que sus electores habían "esperado" al emanarlo de su mediocre seno. Pero ésta es otra cuestión.

Pablo Boivin.

UN LIBRO DE DANIELOU

El P. J. Daniélou, S. J., es verdaderamente prolífico en punto a obra escrita. Numerosísimos artículos, ensayos y comentarios preparan, acompañan y completan sus libros copiosos, orientados por lo general a una investigación positiva de la antigüedad cristiana, o a una interpretación más o menos personal, según los casos, de tales elementos. Hace poco nos ha llegado su libro *Théologie du Judéo-Christianisme*, Desclée, 1958, 457 páginas, que forma el volumen I de una "historia de las doctrinas cristianas anteriores al Concilio de Nicea". La lectura del libro nos sugiere algunas reflexiones que, sin pretensión de ser exhaustivas, procuran, sin embargo, considerar algunos aspectos controvertibles del libro y llamar la atención, al mismo tiempo, sobre la influencia de esta literatura en nuestro medio, por desgracia carente muchísimas veces de una auténtica conformación intelectual, desprovisto de los instrumentos de investigación y sin la mínima posibilidad, algunas veces, de enfrentar una investigación especulativa o una investigación histórica. Conviene hacer un brevísimo *conspectus* de la obra. El título de la misma implica necesariamente las distinciones que Daniélou hace en páginas 17 y siguientes. Puesto que el objeto del libro es "reconstruir el pensamiento judeo-cristiano", Daniélou observa que la expresión "judeo-cristianismo" puede entenderse de tres maneras: 1) los judíos que reconocieron en Cristo un profeta o un mesías, pero no el Hijo de Dios; 2) la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén; 3) una forma de pensamiento cristiano que no implica ningún lazo con la comunidad judía, pero que se expresa dentro de un marco tomado al judaísmo. A este tercer ámbito está dedicado el libro, y aun dentro de éste, Daniélou deja de lado lo que constituye la prolongación del Antiguo Testamento, en la herencia cristiana, y el judaísmo rabínico y legalista, perseguidor tenaz del cristianismo, para atenerse al *Spätjudentum*, es decir, el judaísmo contemporáneo de Cristo (pág. 19, *in fine*).

El libro comprende cuatro partes: la primera, dedicada al examen de las fuentes; la segunda, al ambiente intelectual; la tercera, a las doctrinas, y la cuarta, a las instituciones. A su vez, una articulación interna más importante distribuye las cuatro partes en dos secciones, claramente visibles y de desigual valor: una de carácter descriptivo, constituída por los capítulos consagrados a las fuentes y al ambiente intelectual (págs. 17-168); otra de carácter interpretativo, constituída por los capítulos de la tercera y cuarta partes (páginas 169-436), consagrados a las doctrinas e instituciones.

Queremos destacar en primer término los indiscutibles valores de lo que llamamos la sección descriptiva. En efecto, Daniélou, con un manejo poco común de fuentes y bibliografía, pasa revista a numerosos documentos que delimitan el ámbito cognoscible del así llamado judeo-cristianismo, de carácter ortodoxo, y que prolonga en ciertos aspectos la mentalidad judía en muchos elementos interpretativos, exegéticos o míticos. El libro resulta en este sentido una contraparte de la obra de H. J. Schoeps, *Theologie und Geschichte des Judenchristentums*, Tübingen, Mohr, 1949, 526 páginas (Cf. el extenso comentario de R. Bultmann, en *Gnomon*, 26, 1954, págs. 177-189), dedicada ésta en particular a la secta heterodoxa de los ebionitas (Daniélou, págs. 68 y sigs.). El examen de todas esas fuentes, desde el punto de vista histórico-filológico, es absolutamente importante para comprender un período aproximado de dos siglos, entre el fin de la edad apostólica y el comienzo de la reflexión teológica de orientación helénica, según Daniélou. Sin embargo, no sé hasta qué punto resulta esclarecedor respecto de los elementos mismos de la Revelación canónica, y no deja de ser un tanto desalentador el itinerario aparentemente exhaustivo de Daniélou, en la medida en que no se da una referencia concreta a una determinada categoría de problemas que se refieran a algo más que un simple estadio de la mentalidad judía en trance de perecer al principio del siglo IV. En cualquier forma, el lector posee un claro *conspectus* de todas esas fuentes, un intento valioso de ordenación, un somero análisis de su contenido y significación, e implícitamente un cuadro bastante completo de la separación entre mentalidad judía, mentalidad griega y mentalidad cristiana, en los primeros siglos cristianos. En este sentido, es realmente de lamentar que el volumen no vaya acompañado de un índice temático —en este caso mucho más importante que el índice de autores—, por cuanto facilitaría enormemente la confrontación personal de esa ingente masa de material citado, interpretado o confrontado. La falta de ese índice impone un trabajo inútil al lector y hace perder al libro su carácter instrumental inmediato. La significación de esta sección primera o descriptiva (I y II partes) resulta asimismo indiscutible, por cuanto el examen o el reexamen de estas fuentes en la crítica contemporánea ha provocado un sinnúmero de soluciones no siempre acordes con la estricta categoría *histórica* del problema. El lector posee, desde este punto de vista, una información segura y autorizada y un principio de orientación en lo que respecta a la ubicación y sentido de aquellas obras o documentos. El autor, por otra parte, con un criterio muy acertado, ha dividido el tratamiento de las fuentes en dos capítulos, que consideran sucesivamente las obras del judeo-cristianismo en el tercer sentido, recordado al comienzo, o sea, en su aspecto ortodoxo, y las obras heterodoxas, es decir, en la significación señalada por Schoeps. Asimismo, en el orden del ambiente intelectual la distinción entre la *exégesis* y la *apocalíptica* judeo-cristiana señala, por así decir, dos géneros de interpretación o dos grandes líneas espirituales que, aunque frecuentemente conexas, entremezcladas y a veces confundidas, conviene empero distinguir para una mejor consideración del asunto. Repito: el libro de Daniélou, en este aspecto, se presenta como un aporte singular, sobre todo por la mesura y coherencia con que se resuelven algunos problemas de ubicación cronológica.

Sin embargo, ya desde las páginas iniciales, y concretamente en el primer parágrafo del capítulo primero, se insinúa una concepción que luego reaparece, en forma continua y con caracteres en cierto modo alarmantes, en la segunda sección del libro, que hemos denominado interpretativa, concepción que constituye, en mi concepto, una verdadera mácula del libro. En efecto, luego de señalar las dos primeras significaciones de la expresión "judeo-cristianismo", consagrada por Schoeps, y la que se refiere a la comunidad de Jerusalén —asunto este último que se prestaría a alguna controversia—, pasa Daniélou a la tercera significación, precisamente la que está en la base del título de la obra, al menos en la connotación de un cristianismo que se expresa en las categorías del *Spätjudentum*. Dice a este propósito Daniélou: *Ce judéo-christianisme a été évidemment celui des chrétiens venus du judaïsme, mais aussi des païens convertis. Car c'est une loi de la mission qu'il y a une décalage considerable entre l'enracinement de l'Evangile dans un peuple nouveau et son expression dans la culture de ce peuple.* Y agrega para confirmar con un ejemplo distinto, de carácter negativo, la significación del párrafo: *Voici trois siècles qu'il y a des chrétiens aux Indes et des chrétiens indiens. Il n'y a pas encore de théologie chrétienne de structure indienne* (pág. 19. Conviene confrontar la cita en todo

el contexto que va de pág. 17 a pág. 21; conviene asimismo detenerse en estas expresiones: *loi de la mission*, *décalage*, *expression dans la culture*, y sobre todo *structure indienne*). Se trata, pues, según Daniélou, de una teología de "estructura de *Spätjudentum*", es decir, "el judaísmo contemporáneo de Cristo, el de los fariseos, esenios y zelotes", y esa concepción implica, a lo que parece por el texto transcripto, la posibilidad de una teología de "estructura hindú", y se puede agregar, lógicamente, de estructura azteca, china, etc., que se inscriban en las categorías culturales y en la expresión de esas respectivas áreas mentales. Desde este punto de vista, no toda la segunda sección del libro (III y IV partes) denota una correcta posición crítica. Dejamos de lado lo que en esa sección sigue siendo descriptivo o meramente histórico, aun en el caso de ubicación de influencias, contacto de diversas corrientes de pensamiento o perduración de una determinada imagen del mundo. En la página 227, en el capítulo la Encarnación, se destaca un párrafo típico: *Esta estructura* [es decir, la de una Cristología propia del así llamado judeo-cristianismo] *se puede llamar "mítica" o "gnóstica". Pero es menester precisar el sentido de estos términos. Es "mítica" en el sentido de que el mito representa un sistema de representación, no en el sentido en que el mito es una visión mitológica del mundo. En consecuencia, el "mito" no falsea el contenido original. Constituye sólo un modo de expresión. Este modo de expresión tiene la misma validez que el modo metafísico o existencial. El error de Bultmann* —prosigue Daniélou— *consiste precisamente en creer que el mito altera el contenido del mensaje y que él por su parte consigue liberar a éste del mito. En realidad, sólo lo hace pasar de un modo de expresión a otro. Un modo de expresión es siempre necesario, sin embargo. Y este modo es normalmente el del ámbito de la civilización en que se expresa el mensaje. La teología judeo-cristiana representa uno de los modos de expresión del cristianismo.* Hasta aquí el autor. No creo que haya en todo el libro párrafo más duro, tautológico, peligroso y aberrante que éste. Lo he transcripto íntegramente, aunque el lector debe confrontarlo en el contexto, sobre todo por lo que a continuación dice Daniélou sobre la "visión gnóstica". Este párrafo señala nítidamente, sin embargo, la línea interpretativa, subyacente, como he dicho, en la segunda sección, y que puede seguirse con verdadera amplitud en el capítulo *Mysterium Crucis* (págs. 289-315), uno de los más importantes de toda la obra.

Dejando de lado la referencia a Bultmann —quien pretende hacer algo mucho más grave que un simple cambio de modo de expresión— y dejando de lado también el problema de la expresión mítica (que en Daniélou se reduce a la tautología "le mythe représente un système de représentation") interesa destacar, por el contrario, el concepto de "estructura", que ya vimos aparecer, precisamente, en la introducción de la obra, como preludio de una posición inaceptable y de consecuencias funestas. Creo que Daniélou comete una doble extralimitación interpretativa: la primera, extender la expresión —y el cometido— de una "teología del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento" a un material extracanónico para forjar el título "teología del judeo-cristianismo" que, sobre el modelo de Schoeps, pretende reducir a un *corpus* orgánico una imagen que de suyo no es inherente a la Revelación e inducida de un material cuya "estructura" hasta cierto punto pertenece a la imaginación del autor. La segunda extralimitación consiste en equiparar, al menos en principio, lo que el autor llama "estructura judeo-cristiana" y "estructura helénica". Ello hace suponer que esto último es un simple acaecer, un elemento fortuito de la *reflexión* teológica, mientras la caducidad de la primera podría interpretarse como ligada a ciertos aspectos olvidados de la historia de la Revelación. No pretendo hacer aquí el análisis de estas dos extralimitaciones. Subrayo simplemente que en toda esta concepción de la "estructura expresiva", adaptada a moldes histórico-culturales, subyace en realidad una forma de historicismo, atenuado si se quiere por el autor, pero no por eso menos actuante y decisivo; y sobre todo implica un apartamiento violento de la concepción de la teología como *sabiduría*, como *ciencia* y como *doctrina*. Son absolutamente incompatibles las afirmaciones, explícitas o implícitas, del autor, con cada una de estas tres notas esenciales. Dejo a otros la tarea de enfocar, en forma especial, estos problemas. Dentro de esta breve nota conviene, por otra parte, señalar que el progreso de la reflexión o de la concepción teológica, sea en el caso del Antiguo y Nuevo Testamento, sea en el de la sistematización especulativa, no tiene nada que ver con un cambio, declinación o emergencia de "estructuras" en una especie de absurdo "toynbeesmo" del pensamiento teológico.

Por lo demás, la casi totalidad del material examinado por Daniélou representa la prolongación de ciertos elementos míticos judaicos, que van quedando al margen, no por predominio de una "estructura", sino porque no pueden insumirse en la orientación especulativa del saber teológico y porque, por otro lado, no pueden coexistir con la canonicidad de las fuentes de la Revelación. Ese material interesa, pues, en un triple aspecto: 1) como dato de la expresión mítica judaica; 2) en su contacto con ciertos elementos del área griega; 3) en la determinación de algunas características de la mentalidad gnóstica. Desde este punto de vista hubiera sido más lógico titular al libro "La expresión mítica del judeo-cristianismo", suponiendo, claro está, que sea lícito hablar de semejante categoría, lo cual no es, en realidad, tan evidente como pretende Daniélou. Una investigación histórico-filológica, como la de la obra que nos ocupa, es absolutamente importante para reconstruir la imagen de la *Spätantike*; lo que no es lícito es trasladar el sentido que tiene la sistematización del acto o contenido revelatorios, propia de una teología del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento, a una discutible organización de materiales completamente dispersos y desemejantes. Esa supuesta teología, compuesta por Daniélou, corre el riesgo de no ser otra cosa que una interpretación arbitraria, capaz de frustrar inclusive la posibilidad de la misma investigación en esos textos o documentos. Nada es más necesario, desde luego, que un correcto vínculo entre *filología* y *teología* en siglos en que el sentido histórico lo impone. Pero ese vínculo no debe derivar en un derrumbe de la categoría del saber teológico. Hay también un sentido

¿ADONDE VA LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA?

El problema esencial que se presenta hoy ante la conciencia católica es: ¿Qué y cómo deben defender los católicos la llamada libertad de enseñanza?

En primer lugar, el católico debe pedir al Estado el pleno *reconocimiento* jurídico que la Iglesia tiene de enseñar y abarcar todo el hombre desde Dios y desde su revelación plena en el Evangelio. Por tanto, no puede pedir una libertad de enseñanza que sea:

a) *Indiscriminada;* es decir, sin diversificar el error doctrinal de la verdad, lo cual es lo mismo que pedir la *promiscuidad* de toda doctrina, sea verdadera o falsa, natural o revelada.

b) Consecuentemente, no puede pedir el *ateísmo del Estado,* ya que, quien pide directamente que el Estado reconozca de un modo absolutamente paritario y *neutro* la libertad de enseñar toda doctrina y de igualar desde esa *neutralidad jurídica,* que es violatoria, tanto la herejía como la doctrina de la Iglesia; el marxismo ateísta, el liberalismo, la masonería y el espiritismo, etc., pide por ello *equivalentemente* un Estado *neutro* que, en el orden de lo moral, es un Estado plenamente ateo; y lo pide, además, como un *derecho* y una *obligación* del Estado. Esto ya ha sido, de un modo equivalente, condenado por León XIII en la Encíclica "Libertas".

c) *Democrática,* ya que los derechos naturales no provienen del régimen político-estatal, sino que es algo preexistente a lo jurídico-político del Estado como régimen de gobierno. Por tanto, la Iglesia, solicita siempre sus derechos en un orden jurídico-moral que precede a las contingencias y fluctuaciones de los regímenes sociales. Mucho más, si el concepto de democracia actual es simplemente de igualdad absoluta, indiscriminada y neutra del Estado, lo cual coloca a éste en situación de apostasía de la Fe y abandono de su responsabilidad frente a la Cristiandad.

Por tanto, tal como se la plantea actualmente, la libertad de enseñanza, indiscriminada y promíscua, no puede ser defendida por los católicos. Éstos, cosa extraña, a menudo renuncian a pedir abiertamente los derechos de nuestro catolicismo; en cambio, los adversarios no atacan la libertad de enseñanza, sino, directamente, a la *Iglesia* y a su *"dogmatismo"*. Hemos caído en la peor de las engañifas: Caifás profetiza. Caifás dice la verdad. La reversión es total. Aquel que en su boca ha puesto la blasfemia afirma, sin saberlo, el misterio visible de Cristo. El adversario, el ateo, la FUBA, Risieri Frondizi y su marxismo oficial nos enseñan a descubrirnos, a despojarnos del disfraz de libertarios, y si acaso, esos "católicos" se quitasen sus ropajes de arlequines de la libertad, se quedarían en soledad y desnudos, porque ya no les quedaría ninguna otra mentira cabal y redonda con que embozarse, ni máscara que ocultase sus ojos de mendigos noctámbulos de la fiel y pura pasión de la igualdad.

Y decimos más: ¿Qué es nuestro catolicismo si su apostolado se hace humanitarista y laicizado, como en Emaús; qué si hay directores de almas que profesan el Psicoanálisis en el confesonario y fuera de él; qué si la doctrina escolástica y la especulación es despreciada por lo "positivo"; qué si se enseña más a Romano Guardini que a Santo Tomás; qué si nos atrevemos a defender el divorcio con canonistas de nuestros claustros? Hay quienes están disociando, violando la vida de nuestro catolicismo. Hay instituciones que corroen desde dentro todos los campos esenciales de la vida de la Iglesia: La doctrina teológica y filosófica, la sociología cristiana, la familia, la dirección espiritual y el apostolado que calla a sabiendas el nombre de Cristo.

D. Renaudière de Paulis, O. P.

histórico cristiano, mucho más fecundo que el historicista y mucho más importante, si se quiere, en orden a devolver al pensamiento contemporáneo una capacidad de interiorización que prolongue, consolide y enriquezca la tradición. Hoy en día se han gastado las palabras. Circulan *como si* representaran aperturas y coincidencias, cuando en verdad señalan, muchísimas veces, el descenso y el encuentro en la falsedad, que es el ámbito de la disociación contrapuesta, de la desemejanza y de la oscuridad ininteligibles. En este caso la palabra corrompe y destruye. Teología, mística, poesía, filosofía, cultura, experiencia, contemplación, etc., no corresponden a dimensiones objetivas e interiores, cuya cúspide sea precisamente esa palabra, ni suscitan tampoco un orden de progreso espiritual. Desde este punto de vista, es preciso reiterar una reflexión inicial: en el ambiente intelectual argentino, degradado por tantos motivos, y en especial por una empresa de reblandecimiento, en la que están comprometidos sectores sedicentes tradicionales, en ese ámbito, pues, estas corrientes provocarán un alejamiento cada vez más decisivo de las fuentes mismas de la sabiduría cristiana, quitarán el empuje de la reflexión totalizadora y darán un sustituto empobrecido y oscuro de la tradición maternal *in Ecclesia*. Por otra parte, como este ambiente intelectual argentino, incluído el católico, no se caracteriza, por cierto, ni por la capacidad de investigación ni por su sentido histórico, será muy fácil hacerle creer en muchos abalorios de colores bizantinos, en detrimento de un robusto espíritu de contemplación. Para impedirlo se precisa una profundidad y una autenticidad que lamentablemente no se ve en nuestro horizonte.

CARLOS A. DISANDRO.

ROMANTICISMO Y CATOLICISMO LIBERAL

En su prefacio a Hernani, Víctor Hugo definía el romanticismo como el liberalismo en literatura. Pero el romanticismo como tal resulta indefinible, puesto que viene a ser un ambiente colectivo condicionante de particulares modos y matices en la visión del mundo, característica de algunas sociedades en determinado momento histórico.

Mas aun cuando se puede hablar de romanticismo político, literario, etcétera, el romanticismo fué *uno*, al punto que influyó en todo el conjunto de las actividades humanas. Pero lo que aquí interesa particularmente es el probar que esta nueva corriente ideológica y social va a penetrar en el campo de lo religioso, y más exactamente de lo católico, a través de Lamennais, y que su producto dentro del ámbito que consideramos será el catolicismo liberal.

En Francia y en el mundo latino, el romanticismo triunfa sobre todo a partir de 1830. Es el año clave; es la eclosión de las grandes esperanzas; los hombres creen liberarse de seculares tradiciones de tiranía y estancamiento; la restauración vive por una coincidencia circunstancial con los intereses de la burguesía liberal. El lirismo esperanzado que canta la "emoción de los nuevos tiempos" tuvo en Lamennais una de sus más resonantes exaltaciones proféticas. Y teóricamente, frente a las concesiones liberales de los Borbones restaurados, terminó por integrarse en la corriente de la época y por connaturalizarse con la corriente del siglo. El catolicismo liberal no se explica, pues, por una profundización audaz en el ideal ultramontano, sino por un contagio del espíritu de la época, posibilitado por las sutiles divagaciones en que se desarrollaba el diálogo entre los locuaces hombres de la generación romántica.

Pero el romanticismo no es plenitud sino crisis radicada en lo cultural y social, por la cual las declamaciones de la literatura política del momento parecen expresar el resentimiento de una burguesía no convencida de la superioridad de los valores que consagra sobre los de la sociedad antigua. Esta crisis lleva al individualismo romántico a la búsqueda de un apoyo liberador que justifique con un contenido trascendente el deseado diálogo amistoso entre los hombres. Pueblo, nación, progreso, libertad, son los tópicos comunes. Y el carácter mítico de tales conceptos explica que los cristianos románticos los equiparasen a Dios mismo en su sentimiento de servicio y culto.

De aquí las desgarradoras antinomias y los fervorosos empeños conciliadores entre Dios y Libertad, Catolicismo y Cultura.

Y tal resulta porque el romanticismo tendía en lo religioso a cierto "inmediatismo" de lo divino, que en los casos extremos conducía a un humanitarismo panteísta.

Lamennais era íntimamente romántico y su sistema de la "razón general" tiene el sello inconfundible de ese "inmediatismo de lo divino". En su visión inmanente y naturalista de la religión, el Reino de Dios perdía su horizonte eterno para confundirse con una "teocracia" cuya ley íntima era el perfeccionamiento de la humanidad, la liberación del espíritu.

Por otra parte, resulta interesante advertir la notable coincidencia entre las ideas centrales del sistema filosófico lamennesiano y los caracteres con que Max Scheler define una actitud intelectual resentida: "universalmente humano es una palabra a cuyo significado se asocia un valor supremo. Pero psicológicamente no se descubre en ella más que odio y negativismo contra toda forma positiva de vida y cultura". (Max Scheler, "El resentimiento en la moral", pág. 181, Bs. As., 1932).

El pensamiento lamennesiano con un rasgo común a muchas otras corrientes románticas, es también un espiritualismo exagerado. Lamennais escribía en "L'Avenir": "el principio de vida y de orden es la separación absoluta de la inteligencia y de todo lo que es su manifestación de la fuerza de que el Estado es depositario... todo poder que no separa completamente de la del imperio del pensamiento; que tienda a interponerse en cualquier grado entre los espíritus para perturbar su mutua comunicación, se destruye a sí mismo con igual medida" (citado por Michel Mourre, en "Lamennais ou l'hérésie des temps modernes", París, 1955).

Es éste un texto que nos parece decisivo para la comprensión de la tendencia y del significado profundo del liberalismo católico. Lo que subyace en el fondo de la tendencia católica liberal no es tanto un olvido de la verdad y de la obligatoriedad del catolicismo, cuanto una desorientada y confusa visión de la naturaleza del hombre y de su proyección social.

También Lamennais justificaba la separación entre la Iglesia y el Estado por las condiciones de la sociedad moderna. No afirmaba que la pluralidad de confesiones fuese un bien. Lo que perfila su visión es creer conveniente para el progreso de la fe en el mundo moderno, una situación derivada de la ascensión a la madurez de la humanidad ya adulta. La Iglesia se rejuvenecería sólo si asumía como órgano y expresión de la infalible razón del género humano, del consentimiento universal de los pueblos la tarea divina de la Revolución. El Pontificado había sido para Lamennais el mito en que aspiró a concretar la presencia de Dios en la progresiva sociedad de los espíritus. Pero el Pontificado no emprendió la Cruzada purificadora y liberadora frente a la tiranía. Al ver que no se adoptaba su programa, Lamennais consumó la crisis y se convirtió en el profeta de un nuevo cristianismo.

Dado su carácter romántico, se comprende la gravitación que las distintas influencias tuvieron sobre él. La última que interesa es la que a través de Ballanche le hace llegar a la corriente iluminista y teosófica. Con esto estamos en lo más misteriosamente humano de la crisis romántica. La misma estructura ontológica del hombre explica que se le puedan presentar en dolorosa antinomia aquellos elementos que en su dualidad complementaria integra su perfección plenaria: subjetividad y objetividad, sinceridad y fidelidad al orden objetivo, vida y razón. El hombre se siente inclinado a considerar como lo principal aquello que por modo más inmediato se le ofrece y con lo que se sabe más connaturalmente identificado. Ante el esfuerzo y la violencia el trabajo penoso exigido por la compleja y ardua conquista de la perfección plenaria, corre fácilmente el riesgo de concebir erróneamente el orden de los valores y de los fines de la vida. El intelectualismo racionalista es en el fondo inmediatismo unilateral orientado hacia lo superior y espiritual de la naturaleza humana. Pero en la historia los sistemas racionalistas se autodestruyen casi en su mismo origen. El racionalismo es incapaz de satisfacer el inmediatismo de lo absoluto, que es su más íntima tendencia. Por esto en lo religioso las crisis del racionalismo se consuman en un misticismo panteísta.

El romanticismo es producto de una crisis que pudo ser fecunda en cuanto orientó a los hombres de aquellas generaciones hacia la vida y la espontaneidad, la intimidad y el sentimiento. Pero la crisis romántica era singularmente propicia a la confusa aspiración inmediatista orientada hacia una identificación de lo divino y lo sobrenatural con lo natural y humano. Ahora bien, a lo largo de la historia tales tendencias se han ligado con las más violentas actitudes de rebeldía contra las estructuras sociales y frente a los poderes y a la autoridad concreta y palpable de la Iglesia jurídica y jerárquica. Así la generación romántica presenció el advenimiento del moderno cristianismo revolucionario, para el cual Jesucristo es un agitador de inigualable calidad.

JORGE LABANCA.

SUMARIO

PRESENCIA suspende una vez más su aparición.